

Introducción

Marcel Duchamp mantuvo a lo largo de su vida una especial relación con España, desde la presencia del *Nu descendant un escalier* en las Galerías Dalmau de Barcelona en 1912 hasta su última obra: el proyecto de una chimenea anaglifa en su apartamento de Cadaqués en el verano de 1968, dos meses antes de su muerte.

Su segundo contacto con España fue un viaje vacacional en 1929 con Katherine S. Dreier, mecenas norteamericana fundadora de la Société Anonyme Inc., que Duchamp asesoraba, y del que quedan como testimonio un puñado de fotografías.

La atracción por Cadaqués como escenario de lo que deseaba ser, «un artista en la sombra», tuvo un mediador de excepción, Salvador Dalí, con quien Duchamp compartió algo más que una simple amistad. La admiración mutua que se profesaban y la posición estética que mantuvieron les sitúa mucho más cerca en la historia del arte de lo que hubiéramos podido imaginar.

Marcel Duchamp visitó por primera vez Cadaqués en 1933, punto de inicio de la relación estética entre él y Dalí, como podemos ver en el, hasta hace poco inédito, escrito de Dalí *Je mange Gala* (1932-1936). Regresó en 1958, y pasó a ser su residencia veraniega hasta el año de su muerte. Con él arrastró algunos amigos, como Man Ray y su esposa Juliet y, más adelante, otros artistas como Richard Hamilton, John Cage, Merce Cunningham, Arman, Jean Tinguely, Niki de Saint Phalle, Roberto Matta o Dieter Roth quedaron prendados de ese enclave daliniano de Cabo de Creus.

La presencia de Duchamp en Cadaqués ha dado lugar a múltiples anécdotas, algunas significativas, otras sin ningún inte-

rés, pero todas parecen coincidir en ese hallazgo del «tiempo perdido» que corrobora lo que ya es un tópico en la trayectoria de Duchamp: su abandono de la pintura por el juego de ajedrez. Acompañado de Alexina Sattler, Teeny, su última esposa, y a menudo de una pequeña elite de artistas y seguidores, recorría diversas poblaciones de la comarca donde se desarrollaban torneos de ajedrez o donde simplemente había entidades dedicadas a tal fin. Aparte de los consabidos y habituales Café Melitón y Casino de Cadaqués, Duchamp frecuentó a menudo el establecimiento Café España en la vecina población de Llançà, sede de un club de amigos del ajedrez.

No estaríamos en lo cierto si hiciéramos caso de la actitud de Duchamp, que intenta reforzar su inactividad, diciendo «no hago nada», refiriéndose a sus estancias en Cadaqués. Crónica social aparte, que queda algo marginada en este libro, su estancia en Cadaqués y sus visitas a distintos puntos de la comarca gerundense resolvieron algunos de los enigmas que Duchamp se traía entre manos y arrastraba desde hacía algunos años. La proximidad con Salvador Dalí fue fundamental para dar curso a lo que podríamos llamar el tríptico de Cadaqués: *With My Tongue in My Cheek*, *Torture-morte* y *Sculpture-morte*, las tres alegorías sobre la muerte que construyó en Cadaqués en 1959.

La implicación de Marcel Duchamp con el lugar tuvo un referente clave, el salto de agua de La Caula, donde el artista encontró la llave secreta para cerrar su artilugio inacabado de *Étant donnés* (1946-1966). No sólo se llevó de este país la puerta y los ladrillos del dispositivo, que hoy podemos ver en el Philadelphia Museum of Art, sino también algo más. En La Caula, como nombre y lugar, encontró, entre cascadas y molinos, la clave oculta del erotismo del último desnudo de la historia del arte, desde Leonardo da Vinci hasta la modernidad. Con él se cierra un importante capítulo de la teatralidad en la pintura y el arte.

En Cadaqués, Duchamp compartió el tiempo gratuito del juego de ajedrez con otro entretenimiento, el bricolaje, lo que le aproximaba al concepto del *art worker*, del artista obrero, actitud que le acercaría a personas de oficio como sastres, albañiles y ebanistas, y daría lugar a obras antiartísticas como el tapón de la al-

cachofa de la ducha de su apartamento, el *Bouche-évier* (1964), o los proyectos de chimenea para los dos apartamentos que tuvo en Cadaqués.

La idea de profundizar en las claves estéticas que Marcel Duchamp encontró para su obra en sus estancias en Cadaqués surgió de mis estudios previos sobre Salvador Dalí a propósito de la exposición *Dalí. Afinidades electivas*, celebrada en Barcelona en el año 2004, bajo los auspicios de la Generalitat de Catalunya, en cuyo catálogo tracé una relación entre ambos artistas mediante el texto «Salvador Dalí y Marcel Duchamp: una partida de ajedrez», aspectos que pude ampliar al realizar la exposición *Man Ray. Luces y sueños* (2006), esponsorizada por la Fundació Caixa Girona. Una ayuda de la Fundació Caixa Sabadell en 2005 me permitió dedicar un tiempo a esta investigación. Finalmente, la confianza de Juan Antonio Ramírez, director de esta colección, me incitó a formalizar este ensayo; a él tengo que agradecer la extraordinaria y nueva interpretación sobre Duchamp que ha aportado su libro *Duchamp. El amor y la muerte, incluso* (Siruela, 1993), punto de referencia clave de donde partir para abordar algunos cabos sueltos sobre la obra de Duchamp, como eran hasta ahora su presencia en España y las infiltraciones y resultados en su obra a su paso por este país. Con sus datos y opiniones, diversas personas han contribuido suministrándome una preciada información para elaborar este ensayo. A Jacqueline Matisse Monnier por su inestimable ayuda en esta investigación, que me ha permitido el acceso a los Archivos Duchamp y la reproducción de fotografías hasta ahora inéditas; a Jean-Jacques Lebel, de París; a Christine Argillet, de Los Ángeles; a Morgon Hare, de Nueva York; a Pere Vehí, de Cadaqués, especialmente por sus informaciones y documentación fotográfica aportadas a este libro; a Huc Malla, también de Cadaqués, por las fotografías de su archivo; a Lupe Pérez, propietaria del apartamento en Cadaqués donde se halla la chimenea proyectada por Duchamp; a Eugeni Déu, de Llançà; al arquitecto y escultor peruano Emilio Rodríguez Larraín; y a Montse Aguer, directora del Centro de Estudios Dalinianos de la Fundación Gala-Salvador Dalí, que ha facilitado la reproducción de unos dibujos hasta ahora inéditos de Salvador Dalí. A todos ellos mi agradecimiento.



1. Marcel Duchamp, *Nu descendant un escalier n.º 2*, 1912, Philadelphia Museum of Art, Philadelphia.